



¿Qué es el evangelio?

Antonio González

Si le pedimos a un budista que nos presente su religión, posiblemente nos hablará brevemente de las cuatro nobles verdades. Un musulmán, por su parte, nos diría que Alá es Dios y Mahoma su profeta. Posiblemente, un cristiano, ante una pregunta de ese tipo, tendría que hablar del evangelio. Lo que sucede es que no siempre podemos hacerlo de una forma precisa y breve.

Con el «evangelio» pasa algo parecido a lo que Agustín de Hipona decía del tiempo: cuando no nos lo preguntan, sabemos lo que es; pero cuando nos preguntan qué es el tiempo, nos cuesta mucho explicarlo. Lo mismo sucede con los muchos sentidos de la palabra «evangélico».

A veces «evangélico» se usa en el sentido de «no católico». Por su parte, los católicos usan esta palabra para referirse a la vida monacal (los «consejos evangélicos» serían la pobreza, la castidad y la obediencia), o para referirse a un comportamiento cristia-

no más o menos radical. Entre los protestantes, «evangélico» ha venido a ser sinónimo de «conservador», o «bíblico», y a veces se usa en contraposición a «liberal». Algunos hablan de los «evangélicos» como un tercer sector, intermedio entre los fundamentalistas y los liberales. Desde luego, la palabra «evangelio» se emparenta con la «evangelización», y por eso tiene resonancias obvias con el anuncio de las «buenas noticias».

Buenas noticias

Tal vez sea este el mejor lugar para comenzar. En griego, «evangelio» significa literalmente una buena noticia (*euaggélion*). En este sentido, señala no tanto lo que tenemos que hacer, sino algo que ha sido hecho en favor nuestro.

Sin embargo, aquí nos encontramos a veces de nuevo con un problema.

Lutero, por ejemplo, insistía en el vínculo esencial entre el evangelio y la gracia (Hch 20,24). Por ello se veía obligado a establecer un cierto con-

traste entre los cuatro evangelios y «el» evangelio, que solamente sería uno. Los cuatro evangelios podrían entenderse como «ley», es decir, como una presentación de Jesús como «modelo» para el creyente, y especialmente para el monje. En cambio, «el» evangelio sería el anuncio de lo que Jesús ha hecho por nosotros en la cruz, liberándonos de toda acusación y de toda culpa. Desde esta perspectiva, Lutero enfatizaba, como Pablo, que solamente hay un evangelio, y que el que anunciara otro evangelio, un evangelio de obras, sería susceptible del «anatema» lanzado por el apóstol (Ga 1,8-9).

Pero entonces cabría preguntarse por qué precisamente los cuatro evangelios se llaman precisamente evangelios, un nombre que tienen con todo derecho desde que Marcos lo puso al comienzo de su libro (Mr 1,1). Dicho de otra manera: ¿de qué trata el evangelio? ¿Trata de la vida de Jesús, de su comportamiento, de su mensaje? ¿O trata de la gracia que Dios nos ha dispensado en Cristo, liberándonos de las obras de la ley?

Los cuatro evangelios no son otros evangelios, distintos del único evangelio.

Por el contrario, son la narrativa de cómo Jesús, el Mesías, llegó a ser rey, iniciando de esta manera el reinado de Dios.

También en este número:

Ir por moras (2 y fin)	4
La práctica del perdón	6
CTK: Arranca el 5° curso	7
Diccionario: Hijo del hombre	8





Sin duda, los luteranos y, en general, los cristianos evangélicos se inclinarían por la segunda respuesta. El evangelio trata de la gracia de Dios. Y, para presentar el evangelio, muchos de los cristianos «evangélicos» nos presentarían las «cuatro leyes espirituales», en las que se nos habla (1) del amor de Dios a la humanidad, (2) del pecado como separación de Dios, (3) de la muerte de Jesús como satisfacción por el pecado, y (4) de la aceptación de la obra de Jesús por la fe como el único requisito para la salvación.

Sin duda, estas cuatro «leyes» espirituales son importantes, y tienen alguna base en la Escritura. Y, sin embargo, curiosamente, en la Escritura el evangelio nunca se presenta con esas cuatro leyes. Además, a esas cuatro leyes les falta usualmente algo esencial en las presentaciones bíblicas del evangelio, que es la mención del reinado de Dios. De hecho, si vamos a las Escrituras del Antiguo Testamento, nos encontramos justamente con que las «buenas noticias» están directamente ligadas con el anuncio de que Dios viene a reinar sobre su pueblo: los hermosos pies del heraldo que sobre los montes viene a proclamar las buenas nuevas de gozo diciendo precisamente: «Tu Dios reina» (Is 52,7). Igualmente, si vamos al texto de Marcos, éste comienza su «evangelio» diciendo precisamente que Jesús anunciaba el «evangelio de Dios» proclamando que el reinado de Dios se ha acercado (Mr 1,14-15).

Se podría decir que esto cambia en Pablo, porque después de la muerte y resurrección de Jesús el evangelio se convierte en el anuncio de su muerte en favor nuestro, y el anuncio del reinado de Dios por parte de Jesús ya no formaría parte del evangelio. Sin embargo, las cosas no son tan simples.

Aunque Pablo se refiere con frecuencia al evangelio, no encontramos en sus cartas muchas ocasiones en las que nos presente concretamente cuáles son los contenidos del evangelio. Posiblemente, el texto más claro es el que encontramos en el capítulo 15 de la primera carta a los Corintios. Allí Pablo se detiene a exponer el evangelio que había anunciado a la comunidad de Corinto, haciendo hincapié en que de ese evangelio depende la salvación de los creyentes.

La resurrección de Jesús y el reinado de Dios

Algunos podrían decir que justamente ese texto nos muestra que, para Pablo, el evangelio habla simplemente de la muerte de Jesús «por nuestros pecados», tal como se dice al comienzo del capítulo (1Co 15,3). A lo sumo, se admitiría que Pablo también incluye en el evangelio la resurrección de Jesús, tal como se ve inmediatamente en el mismo texto (1 Co 15,4-8).

Esto no deja de ser interesante, porque las famosas «cuatro leyes espirituales», a las que hemos aludido, con frecuencia no necesitan hablar de la resurrección de Jesús.

En el texto que tenemos con nosotros, sin embargo, la resurrección de Jesús es esencial para el evangelio. Para Pablo, sin la resurrección de Jesús, la fe de los corintios sería una fe vana (1 Co 15, 14). Algo que se corresponde completamente con lo que Pablo dice al comienzo del capítulo: Si los corintios no permanecen firmes en el evangelio que Pablo les predicó, habrían creído en vano (1 Co 15,2). La resurrección, para Pablo, es parte esencial del evangelio.

Es cierto que, por las dudas de algunos de Corinto, Pablo se detiene a argumentar más detenidamente sobre la resurrección. Sin embargo, es

importante darse cuenta que, a lo largo de su exposición de la resurrección de Jesús, Pablo no deja de estar refiriéndose al evangelio, por más que esté ampliando una de sus partes. Esto es una clave decisiva, porque entonces nos damos cuenta de que todo el capítulo trata del evangelio. Y, si todo el capítulo trata del evangelio en el que creyeron los corintios, entonces nos damos cuenta de que, en ese evangelio, hay otro elemento central: El reinado de Dios.

El reinado de Dios es justamente lo que nos aparece en los versículos 24 y 25 del capítulo 15 de la carta a los Corintios. Y aparece de una manera muy especial, porque se nos habla de Jesús como alguien que ejerce el reinado de Dios hasta que lo entregue al Padre. Jesús reinaría hasta poner todos los enemigos debajo de sus pies, incluyendo la muerte, para finalmente entregar el reino al Dios y Padre.

Esta es justamente la clave que necesitamos. Lo que sucede es lo siguiente: Para Pablo, y para los cristianos primitivos, el evangelio no se acaba con la muerte de Jesús. Las buenas noticias incluyen su resurrección. Pero esa resurrección tiene un carácter muy especial. Jesús, al resucitar, ha sido declarado (*horisthéntos*) como Cristo, es decir, como Mesías. En el lenguaje de los judíos del siglo I, esto es equivalente a decir que ha sido declarado como hijo de Dios (Ro 1:4), pues el «hijo de Dios» era una designación mesiánica, basada en la promesa del profeta Natán a David (2 Sam 7:14).

Dicho de otro modo: Jesús, por su resurrección, se ha sentado a la diestra del trono de Dios (Ro 8:4). Todas estas expresiones (Cristo, Mesías, Hijo de Dios, sentarse en el trono) tienen un elemento en común: Jesús, por su resurrección, está ejerciendo el reinado. Y ese reinado no es otro que el reinado de Dios. Por eso Jesús comparte con el Padre su trono.

El «evangelio completo»

Esto nos permite entender varias cosas. En primer lugar, podemos ver que una presentación completa del evangelio incluye la muerte de Jesús por nuestros pecados, su resurrección, y finalmente el hecho de que Jesús

reina como Mesías. En segundo lugar, vemos la profunda continuidad en las buenas noticias. Del mismo modo que Isaías y Marcos, también Pablo entiende que el evangelio tiene que ver con el reinado de Dios, ahora ejercido por el Mesías, precisamente porque su resurrección fue una resurrección real. Para Pablo, el evangelio del reino de Dios, profetizado por Isaías y anunciado por Jesús, se ha hecho realidad gracias a su muerte y resurrección, sin la cual Jesús no podría ser entendido como el Mesías que de hecho está ejerciendo el reinado hasta que se lo entregue al Dios y Padre.

Pero hay algo más. El evangelio nos presenta a Jesús compartiendo un trono con Dios, porque Jesús comparte con Dios la actividad de reinar. Y esto es muy importante para entender la génesis temprana de la inclusión de Jesús en el monoteísmo de Dios. Contra lo que se ha dicho a veces, esta inclusión tuvo lugar muy pronto, y en contexto judío. Ya el mismo Pablo introduce a Jesús como Señor en la afirmación central de la fe de Israel: la confesión de que solamente hay un Dios y Señor (Dt 6,4; 1 Co 8,5-6). El contexto, de nuevo en la primera carta a los Corintios, es significativo: Se trata de afirmar el señorío exclusivo de Dios, y en definitiva su reinado.

Si la encarnación fue entendida como una entronización mesiánica, el cristianismo primitivo no podía situar a Jesús como un ser intermedio, situado entre Dios y los hombres. Eso hubiera sido no sólo una verdadera concesión a las concepciones gnósticas y neoplatónicas, sino una traición a la idea del reinado de Dios como un reinado directo de Dios sobre su pueblo.

Aquí, tanto una fuerte tradición en la Biblia hebrea, como el mensaje mismo de Jesús confluían: Dios reina directamente sobre su pueblo. La proclamación de Jesús como Mesías solamente dejaba entonces una posibilidad: el Mesías mismo pertenece a la divinidad. Justamente por ello, no reina en lugar de Dios, ni en nombre de Dios: reina ejerciendo en la actualidad el reinado de Dios, hasta la consumación de los tiempos, cuando el reinado vuelva al Padre, y Dios lo

sea todo en todos. Pero ya ahora el reinado de Dios está en marcha en la historia, como reinado de un Mesías que pertenece al ámbito de la divinidad.

Justamente por eso no tiene sentido lo que tantas veces se ha dicho: que Jesús anunció el reinado de Dios, y que después la iglesia cristiana primitiva anunció algo distinto: Jesús como Cristo. En realidad, se trata de dos momentos del mismo anuncio. Si Jesús pertenece a la divinidad de Dios, el anuncio de Jesús como Mesías, es decir, como rey, es precisamente el anuncio del reinado de Dios. Ésta es justamente la tesis del libro de los Hechos cuando culmina con la imagen de Pablo anunciando sencillamente ambas cosas como si fueran una sola: el reinado de Dios y a Jesús como Cristo (Hch 28,31).

El evangelio, en definitiva, nos anuncia la muerte, la resurrección, y la entronización de Jesús como Mesías para ejercer el reinado de Dios. Todo ello, en favor nuestro, para liberarnos de la lógica de Adán, para destronar a los poderes de este mundo, y para introducirnos en una nueva soberanía. Por cierto, una soberanía de la que somos herederos (1 Co 15,50), como hijos e hijas adoptivos del Padre, como hermanos y hermanas del Mesías.

Los cuatro evangelios no son otros evangelios, distintos del único evangelio. Por el contrario, son la narrativa de cómo Jesús, el Mesías, llegó a ser rey, iniciando de esta manera el reinado de Dios. Las buenas noticias de Isaías han llegado a ser realidad.

El evangelio cristiano, aunque con frecuencia no se presenta de forma integral, puede presentarse en una manera concisa y sencilla. Pero su presentación no se puede hacer dejando al margen la resurrección de Jesús, y su pertenencia al monoteísmo de Dios. Sin estos elementos esenciales del evangelio, no tiene sentido un Mesías muerto, pero no resucitado, ni tiene tampoco sentido un reinado de un Mesías que no es al mismo tiempo el reinado mismo de Dios. Las promesas se han hecho realidad, las buenas noticias del reino se han cumplido.

Lecciones de la vida diaria aplicadas a la evangelización

Ir por moras (2 y fin)

Sergio Rosell

[El mes pasado dejamos a Sergio paseando a Nero, su perro, mientras iba en busca de moras para la familia y meditaba sobre la evangelización. Sergio cedía a la tentación de comerse algunas de las muy pocas moras que había encontrado, confiando que siempre sería posible hallar más.]

Al comienzo fueron sólo dos o tres moras. Mi timidez me hizo empezar por ser prudente. Al final, sin embargo, dejé el recipiente vacío, con esa extraña sensación de estar saciado, pero de que no estaba muy seguro de que mi exploración acabaría de forma positiva. Toda vez que examinaba las zarzas, más convencido estaba que volvería a casa con las manos vacías. Nadie tenía que saber que había estado cogiendo moras. Eso, al menos, aliviaba mi afrentada confianza.

Nada, ni atisbo de fruto. Las zarzas eran cada vez más pequeñas y escuchimizadas. Las pocas moras que había eran pequeños gránulos inco-mestibles. Quizás me había aventurado demasiado pronto y la lección que tenía que aprender era otra: no hay que ser impulsivos en la evangelización, sino muy cerebrales, midiendo bien los pasos. Con cierta premura inicié el camino de retorno a casa. Basta de lecciones teológicas, estoy solo cogiendo moras.

Los humanos somos tremendamente tradicionales. Hemos elevado a los altares esta forma de actuar, esta cadencia, hasta darla un nombre: «el camino más corto», la «ley del mínimo esfuerzo». Hemos creado todo un sistema que se asegura que para ir del punto A al B encontremos la manera más rápida y corta de hacerlo. Hemos conseguido hacer ciencia de ello y los

que lo consiguen son los más listos de la clase. En el fondo esta tendencia nuestra no es sino reflejo de que somos seres que buscamos la seguridad en lo conocido, *homo costumbris*. Cuenta si no cuántas cadenas de televisión ves a lo largo de la semana. Seguramente se pueden contar con las dos manos a pesar de que son cientos las posibilidades. Los programas que preferimos nos son tan familiares ya que estamos dispuestos a repetir su visionado en vez de buscar en nuevas cadenas.

Cavilando en esto decidí tomar «el camino menos transitado» y, aunque no puedo decir que ello haya marcado la diferencia, sí que me ayudó a pensar en algo que aprendí hace unos años y que llevo compartiendo allí donde me invitan: SSHLQHEHS CLMQHEC. A menudo bromeo con la gente y les pregunto si han aprendido a hablar como los «Klinton» (la raza humanoide que habla en *tlhngan* de la serie *Star Trek*). Pasados unos momentos de incomprensión les pregunto si saben cuál es la definición de locura según Albert Einstein: «hacer los mismos experimentos vez tras vez y esperar distintos resultados». En esto se basa SSHLQHEHSCLMQHEC; a saber, que «Si Seguimos



Haciendo Lo Mismo Que Hemos Estado Haciendo Seguiremos Cosechando Lo Mismo Que Hemos Estado Cosechando». Parece sencillo, pero la mayoría de nosotros, como los de nuestra raza —*homo costumbris*— solemos pensar que si continuamos haciendo lo mismo al final resultará en algo diferente. Craso error, y en este caso sigo basándome en el pensamiento de Einstein, aunque parafraseado: «a menudo la cura que aplicamos se parece mucho a la enfermedad que queremos tratar».

Se supone que cada generación tiene la labor de traducir el mensaje

Cuando pienso en serio en la encarnación de Dios en la persona de Jesús, veo que Dios eligió el camino más largo porque justamente la encarnación nos habla del Dios que no «apura las curvas» sino que hizo todo lo posible por abrir un camino de comunicación con él mismo que se había roto.

central del evangelio para que la gente de nuestro tiempo entienda la oferta y las demandas de Jesús. A menudo, sin embargo, la iglesia sigue anclada en sus seguridades del pasado y no es capaz de abrir nuevas veredas. El camino más corto sigue siendo hoy día la mayor de las virtudes para muchos de nosotros, pero me pregunto si comunicamos alguna verdad relevante así, de esta guisa. Sin embargo, cuando pienso en serio en la encarnación de Dios en la persona de Jesús, veo que Dios eligió el camino más largo porque justamente la encarnación nos habla del Dios que no «apura las curvas» sino que hizo todo lo posible por abrir un camino de comunicación con él mismo que se había roto.

Estoy cansado de nuevos métodos, enseñanzas y libros que se suponen habernos descubierto lo que sus autores no sabían, pero que era de sentido común para muchos ya. No lo digo con resentimiento, ni como quien habla desde las orgullosas alturas, sino como el que está hastiado. Las fórmulas clásicas, así como las nuevas, no me dicen ni «fu ni fa» en general. Estoy cansado de nuevas revelaciones de otros que no se sostienen a lo largo de su historia. Ni yo mismo me soporto mucho cuando empiezo a hablar en «clichés». No me gusta esa lengua ni quiero entenderla. Sin embargo, cuando voy a los evangelios leo de un Jesús que se toma en cuenta nuestra humanidad — no en vano la asume plenamente y se llama a sí mismo «hijo de hombre», algo así como «humano, solamente humano»— y nos invita a ese camino sin atajos, cerca de él, de forma que seguirle sea una opción real y que, cuanto más cerca estemos de él, más podamos escuchar el latido de su

Recoger el fruto no fue tan fácil, había que arriesgar ir un poco más allá de lo que era cómodo y meter la mano al fondo de la zarza. Aún llevo conmigo las marcas de las espinas. Pero el fruto merecía la pena el esfuerzo.

corazón y oler su sudor, su vocación por los demás.

La nueva vereda que seguí desconcertó un poco a mi perro, otro animal de costumbres fijas.

Creo no exagerar si afirmo que en los más de diez años que llevo viviendo en este lugar no han sido más de dos o tres las veces que he tomado este camino, corto y sin incidencias, por otra parte. Sin embargo, esta acción me recuerda algo que trato de tener presente. Para crear nuevas sinapsis en nuestro cerebro hemos de hacer cosas nuevas. El cerebro no cambiará de forma, ni se expandirá a menos que hagamos cosas nuevas. Todos sabemos lo que es funcionar en modo «piloto automático». A menudo me pasa que al llevar a alguno de mis hijos, bien a su lugar de estudio, bien a la estación de transportes, tomo un camino que no corresponde a la supuesta necesidad del momento. Mi cerebro ha entrado a funcionar en modo automático y me ha llevado allí donde suelo ir, aunque en esta ocasión no tenía que haber ido allí.

Me pregunto cuántas veces en nuestras iglesias hacemos las cosas que hacemos bajo este mismo modelo,

justificando la falta de cambio con toda clase de argumentos «espiritualoides». La verdad de ello, seguramente, haya que encontrarla en nuestra comodidad, nuestra resistencia al cambio y miedo a lo desconocido. Decimos depender y confiar en el Espíritu, pero todos sabemos a qué locuras nos puede llevar ese tipo de dependencias. Después de todo, ¡tenemos que usar nuestro cerebro, que para eso lo tenemos!

¡Cuánto nos cuesta cambiar! Ya lo decía Jesús: «Más fácil le es pasar a un camello por el ojo de una aguja que al rico entrar en el reino de los cielos». El maestro no se estaba cebando con los ricos, sino que era consciente de la resistencia a cambiar de paradigma en los humanos. Acostumbrados a confiar en el dinero y el poder en la vida diaria, el cambio o *metanoia* que supone aceptar el nuevo reinado de Dios hace que el rico vuelva a su vómito porque es lo que conoce y lo que le sabe bien. Retamos a las personas que conocemos a que realicen esta *metanoia* de forma rápida, cuando como iglesias nos cuesta tanto adaptarnos al contexto y ser más flexibles. ¡Qué ironía la nuestra!

Mi paseo continuaba sin contratiempos y ya estaba cerca de la entrada de la casa. Mi recipiente estaba vacío, aunque mi estómago estaba saciado con las moras que había consumido. Nadie sabría que había salido a coger moras, así que, ¿por qué preocuparse?

Y en eso que mientras mi perro ya enfilaba el camino tradicional de vuelta a casa me vino un pensamiento a la mente. ¿Por qué no intentar encontrar moras cerca de la depuradora? No parece el lugar más indicado para encontrar moras y ciertamente no el más apetitoso. Un penetrante olor invade el lugar y no invita a buscar entre sus hojas para hallar algún fruto, por muy atractivo que pueda parecer a la vista. Sin embargo tenía el recipiente vacío y me parecía que bien merecía la pena un intento más. ¿Quién sabe si sonaría la flauta?

Mi contrariado perro tuvo que deshacer su camino y venir en pos de mí. Hasta en eso se notaba la novedad de la acción. Nero nunca renunciaba a un paseo un poco más largo.



Estaba confiado en que algo encontraría. Comencé a buscar entre las zarzas y al principio no encontré gran cantidad de frutos. Sin embargo, entre las hojas, en un lugar algo más frondoso y apartado de la vista pude encontrar las moras más grandes y apetitosas que hacía mucho no había visto. Sin un palo para ayudarme y con una fina chaqueta no fue fácil sortear las espinas. Pero el fruto ante mis ojos bien merecía la pena. No sin cierta dificultad conseguí evitar la mayor parte de las espinas y asir los más bellos y succulentos frutos. En poco tiempo conseguí llenar el recipiente hasta los topes. Había encontrado fruto allí donde la mayoría de la gente no esperaba encontrarlo. Prueba de ello era que no había marcas de pisadas o de ramas rotas.

Recoger el fruto no fue tan fácil, había que arriesgar ir un poco más allá de lo que era cómodo y meter la mano al fondo de la zarza. Aún llevo conmigo las marcas de las espinas. Pero el fruto merecía la pena el esfuerzo de ir a esa *terra incognita*, ir un poco más allá que el resto y ver que allí donde aparentemente no se espera que haya fruto, lo hay y en abundancia. La tierra, de sí, produce fruto, a «treinta, sesenta y ciento por uno».

Lo cierto es que mi hija disfrutó ese mismo día de unas succulentas moras en su ensalada. Aún recuerdo sus palabras:

—Papá, esta ensalada está muy buena, de verdad.

Nunca pensé que pasear al perro fuera una empresa teológica. Coger moras me pareció siempre la cosa más pedestre que se puede hacer, y sin embargo descubro que el mismo Jesús usó lo cotidiano para mostrarnos las verdades más profundas. Estoy cansado de nuevas ideas que ofertan la solución que nadie antes había pensado. Ya digo que muchas veces ese «nuevo» descubrimiento demuestra más la ignorancia del autor que la propia novedad de la propuesta. Por ello, querido lector, no te ofrezco una nueva idea, sino el relato de algo tan cotidiano como pasear al perro y recoger moras de las zarzas del campo en otoño.

Parábolas para un mundo que vive a corto plazo (VI)

La práctica del perdón

por José Luis Suárez

La historia de este artículo sobre la práctica del perdón es una historia verídica, que el psicoterapeuta Jack Kornfield nos relata en su libro *Una lámpara en la oscuridad*.

Algunas consideraciones cuanto a la necesidad de contar y oír historias reales

La mayor parte de las religiones tiene su origen en una serie de historias incrustadas en canciones, sagas, ritos y repeticiones. Las historias han sido siempre importantes vehículos de expresión de testimonios: «Esto es lo que me ha sucedido a mí».

A través de los relatos personales podemos descubrir acontecimientos que nos parece imposible que ocurran. Al leerlas podemos tomar conciencia que lo vivido por la persona que nos cuenta su experiencia puede ser también posible para nosotros.

Cuando leemos un libro o valoramos un pensamiento, sólo lo hacemos con la cabeza; y esto limita lo que podemos recoger de lo que estamos leyendo. Pero cuando escuchamos una historia, no podemos recogerla sólo con el pensamiento, porque la historia toca las fibras más sensibles de nuestra personalidad. Nos pone en contacto con un hechos y no con un pensamiento. Nos recuerda que la fe es testimonio, no ciencia y por tanto nos invita a aventurarnos en el camino de la experiencia y no quedarnos en el pensamiento.

La práctica del perdón

Un joven de catorce años de edad quería ingresar en una banda juvenil. Para iniciarse en la banda, disparó a otro adolescente de su misma edad. Seguidamente fue detenido y arrestado por asesinato. Después de un tiempo fue llevado a juicio. Justo antes de ser condenado, la madre del joven asesinado se puso en pie en la sala, le miró directamente a los ojos y le dijo:

—Te mataré .

A continuación el joven fue enviado a prisión.

Mientras estaba encarcelado la madre del joven asesinado vino a visitarle. Él se sintió muy sorprendido. En la primera visita hablaron brevemente. Después ella volvió para traerle algunas cosas que necesitaba —algo de dinero— para comprar materiales para escribir.

La mujer siguió visitándole con regularidad durante los cuatro años siguientes mientras el cumplía condena.

Cuando estaba a punto de acabar la condena, ella le preguntó que tenía pensado hacer al salir de la prisión. Él no tenía ni idea.

—¿Dónde vas a trabajar? —le preguntó también. No lo sabía.

Ella le dijo:

—Tengo una amiga que tiene un



pequeño negocio. Tal vez puedas conseguir trabajo allí.

A continuación volvió a preguntarle:

—¿Y dónde vas a vivir?

—No lo sé.

No tenía muchos familiares.

—Puedes venir a vivir conmigo —dijo ella—. Tengo una habitación libre.

De esta forma el joven se fue a vivir con ella y empezó a trabajar en el puesto que ella le había buscado. Transcurridos unos seis meses, ella le llamó al salón, le pidió que se sentara y le dijo:

—Tengo que hablar contigo.

—Si señora —dijo él.

Mirándole fijamente la mujer le dijo:

—¿Recuerdas aquel día en el tribunal cuando te condenaron por matar a mi único hijo ?

—Si señora —dijo el joven.

—¿Recuerdas que me puse en pie y dije que te mataría ?

—Si señora —respondió él.

—Bueno, pues ya lo he hecho. Me propuse cambiarte. Fui a visitarte una y otra vez, te llevé cosas y me hice tu amiga. Cuando saliste de la cárcel, cuidé de ti, te busqué un trabajo y un lugar donde vivir, porque no quería que el tipo de muchacho que pudo matar fríamente a mi hijo siguiera vivo en esta tierra. Y lo he logrado. Ya no eres aquel chico. Pero ahora yo no tengo hijos, no tengo a nadie y tú estás aquí, y me pregunto si te gustaría quedarte a vivir algún tiempo conmigo. Puedo acabar de criarte como si fueras hijo mío, y si me dejas me gustaría adoptarte.

Así ella se convirtió en la madre del asesino de su hijo, en la madre de aquel muchacho que nunca había tenido madre.

Algunos comentario a esta historia

¿Sería una exageración afirmar que sólo podemos sanar las heridas profundas de una ofensa actuando como lo hizo la mujer de estas historia?

Perdonar implica modificar las percepciones erróneas con las que caminamos en este mundo. Al perdonar a otra persona por el mal que nos ha hecho estamos afirmando que: «Tú ya no tienes el poder ni el control de lo que soy, de lo que pienso, ni del modo de comportarme en el futuro. Ahora soy yo la única persona responsable de mis pensamientos y de mis acciones, ya no la persona que me ha ofendido». El perdón es un acto de liberación, ya que al perdonar nos liberamos del poder y de la influencia de la otra persona en nuestra vida.

Al cambiar nuestra perspectiva se traspasa más allá del dolor recibido que nos causó la otra persona desde sus carencias, sus miserias, sus sufrimientos y su incapacidad para hacerse el bien ella misma y a los demás. Es esta actitud que nos permite renunciar a la venganza y al odio que a corto y a lo largo envenenan la vida de cualquier persona.

El perdón no consiste en hacer una especie de borrón y cuenta nueva. No es: «Aquí no ha pasado nada», sino la renuncia a la venganza por un fin superior a la justicia, que es la misericordia.

Al poner en práctica el perdón, las heridas profundas (a veces incluso enfermedades físicas) causadas por el mal recibido se curan de forma misteriosa. Por eso, al elegir perdonar, es el que perdona quien cosecha el primer fruto. El perdón es el único remedio para aliviar un intenso sufrimiento.

Frases para la reflexión personal

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Jesús, Lu 23,34)).

Nada nos asemeja tanto a Dios como estar siempre dispuestos a perdonar (Juan Crisóstomo).

Es más fácil luchar por unos principios que vivir de acuerdo con ellos (Alfred Adler).

¿Podríamos afirmar que el perdón no es algo que debemos hacer, sino algo que somos?



CTK: Arranca el 5º curso

Con el tema de «Ética social. Justicia y paz», el sábado 17 de octubre, CTK tiene el honor de anunciar el inicio del quinto curso anual, cerrando así el ciclo de cinco años que constituye su programa de estudios.

El profesor Antonio González ya ha colocado en internet los materiales de preparación, cuyo estudio es importante para sacar el máximo provecho al sábado intenso de trabajo en clase, que se celebrará en Madrid. Hay, por consiguiente, un mes para irse preparando.

La interacción de justicia y paz, dos temas principalísimos en el testimonio bíblico, siempre resulta interesante —si no siempre fácil. No es obvio que perseguir la paz sea la mejor manera de obtener justicia, ni que perseguir la justicia desemboque siempre en paz en lugar de generar conflictos. El tema promete tener bastante «jugo».

El Centro Teológico Koinonía (CTK) ofrece un ciclo de cinco años, siete temas al año, que a su conclusión vuelve a arrancar y repetirse. Los estudiantes pueden, entonces, matricularse en cualquier punto del programa: Ese, para ellos en particular, viene a ser el principio del programa, que acabarán cinco años más tarde. Por otra parte, quien por los motivos que sea se haya tenido que perder un tema, sabe que cinco años más adelante tendrá otra oportunidad.

Quienes no estén ya matriculados en el programa, pueden hacerlo en la web de CTK [www.ceteka.org], donde verán además información de contacto por si cualquier aspecto de la inscripción les resulta difícil de entender.



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

hijo de hombre / Hijo del Hombre — (1) Expresión hebrea que viene a significar algo así como «humano, ser humano». (2) En algunos pasajes de los evangelios, un ser glorioso cuya venida será posterior a Jesucristo, pero que parecería tratarse de Jesús mismo a su regreso.

En principio, la expresión «hijo de hombre» no tiene ninguna complicación. Es así como llama a Ezequiel, por ejemplo, la voz que le habla en sus visiones (Ez 1,1; 2,3.8; 3,1, etc., 243 veces). Ahí la idea parecería ser la de enfatizar la humanidad mortal y limitada del profeta, ante la visión inefable del Señor, una realidad sobrenatural que solamente puede ser descrita con metáforas y símiles que apenas alcanzan a describir su gloria, nunca su aspecto real: «así fue la aparición de la semejanza del resplandor del Señor» (Ez 1,28).

Ante tamaña presencia divina, ¿qué es Ezequiel? Un pobre mortal, un ser insignificante, tan solamente un hijo de un hombre: un ser humano.

La cosa se complica en el libro de Daniel, sin embargo. En Dn 8,17 la expresión se emplea igual que en Ezequiel, para referirse al propio profeta —en este caso, Daniel. Pero en Dn 7,13, el profeta ve en visión «uno como un hijo de hombre», que aparece entre las nubes del cielo. Es traído ante la presencia del «Anciano de Días» (una clara alusión a Dios). Éste le entrega el dominio, el resplandor y la real majestad; y todas las gentes, naciones e idiomas tienen que servirle. Su dominio será eterno y no tendrá fin; su reinado jamás será destruido. Es inevitable la conclusión de que se trata en algún sentido de una figura divina o sobrenatural, que solamente parece humano pero sin serlo.

En el Apocalipsis vuelve a aparecer en el cielo, en dos ocasiones, uno como un hijo de hombre, es decir uno que parece humano. Pero, curiosamente, no parece que sea el mismo en ambos casos. En Ap 1,13, según se desarrolla la visión, nos damos cuenta que está hablando de Jesús resucitado y ascendido al cielo. La figura de Ap

14,14, sin embargo, no parece que sea Jesús, por cuanto está a las órdenes de otro ángel que le ordena meter la hoz que tiene en su mano, para segar la mies de la tierra. De inmediato aparecerá otro ángel, también con una hoz, al que también mandan ponerse a segar.

En los evangelios, Jesús se refiere varias veces a la figura del «hijo del hombre». La expresión es otra vez ligeramente diferente. Parecería indicar que es el hijo de un hombre en particular, aunque Jesús nunca explica quién es ese hombre del que éste es hijo. Este hijo no parece ser una figura divina como en Daniel, ni un ángel como en Ap 14, por cuanto falta esa pequeña palabra, **como**, que en esos textos nos indicaba que solamente parecía humano (pero sin serlo).

Al contrario, cuando Jesús emplea esta frase, parece estar enfatizando su plena humanidad, sin ningún tipo de condicionamiento ni excepcionalidad genética.

Muchas veces es irresistible la impresión de que Jesús está hablando de sí mismo al referirse al «hijo del hombre». Si es así, resulta una manera extrañísima de expresarse. Mi padre se llamaba Frank. Imaginemos que yo dijera: «Cuando llegue el hijo de Frank, os vais a enterar: vuestras malas acciones serán castigadas». Bueno, a ver... Si yo ya estoy presente, ¿a qué viene amenazar con aquello de «cuando llegue»? Si pienso ausentarme para después volver, por qué no decirlo claramente: «Ahora tengo que salir, pero cuando vuelva...».

Los que preparan las ediciones impresas de la Biblia se proponen aclararnos la cosa con el empleo de mayúsculas (que no existían hace dos mil años): La expresión «el Hijo del Hombre», así, con mayúsculas, pareciera ser lo mismo que decir «el Hijo de Dios», es decir, Cristo. Pero aunque es normal referirnos a Jesús como Dios a la vez que como hombre, resulta extraño imaginar que Dios Padre quede tipificado como «el hombre», por mucha mayúscula que le echemos.

Tal vez sea por las dificultades que entraña, que aunque fue típica de Jesús, la frase «el hijo del hombre» desaparece rápidamente del vocabulario apostólico. Esa expresión exacta no figura nunca en el Nuevo Testamento, si no es solamente en la boca de Jesús.

Una cosa sí que queda clara de cómo emplea Jesús esta frase: La llegada del hijo del hombre (o Hijo del Hombre, si se prefiere) supone una crisis para la humanidad, un momento de inflexión y de juicio. Nos conviene estar preparados, en justa relación con Dios por la fe, por la gracia y el perdón divino, viviendo vidas dedicadas a la santidad y la justicia, procurando en todas las cosas vivir en armonía con el prójimo. Así desaparece la amenaza ante esa llegada inminente, y podemos aguardarla con ilusión, fe y esperanza.

(Si te interesa ampliar este tema, puedes leer «El ser humano 2.0», en *El Mensajero* N° 122, mayo de 2013.)

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org